

No hay verdadera desgracia sino al alejarse de vos, Dios mio. (*Psalm. 72.*)

PROPOSITOS.

1 La separacion del gran mundo, la mortificacion y el retiro son absolutamente necesarios para gustar las dulzuras de las comunicaciones con Dios, y para sacar mucho fruto de la abstinencia y del ayuno. Si quereis hacerle útil, tomad estos medios. La soledad es amarga, es aun insoportable á los mundanos, porque necesitan del tumulto y de la disipacion para calmar los disgustos y los remordimientos interiores de que son victimas. Vivid en la inocencia y amaréis el retiro; mortificad vuestros sentidos, y Dios os dará parte en las dulzuras que son el patrimonio de sus siervos. Huid las grandes reuniones y el gran mundo, sobre todo durante el tiempo de Cuaresma, y vivid en el recogimiento si quereis gustar el fruto de la penitencia.

2 Una de las principales astucias del enemigo de la salvacion, durante este santo tiempo, es el hacer mas sensible y menos dulce el fruto del ayuno por el tráfico de los negocios temporales: no los descuideis, pero arregladlos de modo que no obsten para el negocio de la salud, ni impidan el recogimiento interior. Allí mismo, en donde estais, tened un dia cada semana, por decirlo así, como de retiro. Jesucristo os hará gustar la dulzura que se halla en su servicio si vuestro corazon no está dividido entre él y el mundo su grande enemigo. Pasad hoy una media hora por lo menos en la tarde delante del Santísimo Sacramento, considerando la dicha de los tres Apóstoles que fueron testigos de su trasfiguracion gloriosa. Observad esta práctica todos los domingos de Cuaresma, haciendo media ó una hora de oracion todas las tardes.

LUNES SEGUNDO DE CUARESMA.

LA misa de este día comienza por estas palabras del salmo 25: Tened misericordia de mí, Señor, y libradme de mis enemigos, porque yo he seguido siempre el camino recto de vuestros mandamientos, y yo espero que no cesaré nunca de alabar vuestras misericordias en las asambleas de los justos. David, perseguido por Saul, se habia refugiado entre los filisteos ó entre los moabitas. Sus enemigos se aprovecharon de esta retirada para publicar mil calumnias contra él. Decian altamente que era rebelde á su principe é infiel á su Dios; que habiéndose retirado

entre los infieles tomaba parte en sus supersticiones, en sus impiedades y aun en su idolatría, y que por tanto debia ser proscrito para siempre. David vivamente conmovido por una calumnia tan negra, no recurre mas que á Dios poniéndole por testigo de su inocencia, y pidiéndole justicia contra sus enemigos. Los buenos pueden aplicarse este salmo cuando se ven perseguidos por los malos, y servirse de él como de una santa oracion muy á propósito para obtener la paciencia y un nuevo esfuerzo en las adversidades.

La Epistola de la misa de este dia contiene una parte de la fervorosa oracion que el profeta Daniel hizo á Dios antes que el arcángel Gabriel le descubriese el tiempo preciso de la venida del Mesias y de la entera ruina de Jerusalem, en el fin de las setenta semanas de años. Este Profeta, conmovido de las desgracias de su nacion, se sirve de todos los motivos que cree á propósito para apaciguar el enojo de Dios, y para lograr que concluyese la larga cautividad en que gemia su pobre pueblo habia ya setenta años. La sola lectura de esta Epistola ofrece un modelo perfecto de la oracion mas viva, mas enérgica, mas interesante y mas patética que puede hacerse á Dios en una calamidad pública y en el tiempo de los mayores azotes. Oidnos, Señor: aplacad, Señor, vuestro enojo: fijad en nosotros vuestros ojos, y obrad. No lo dilateis mas, Dios mio, por amor de vos mismo; porque esta ciudad y este pueblo son vuestros, y tienen la gloria y la ventaja de perteneceros de un modo mas especial que el resto de las naciones de la tierra. No lleven en vano el nombre de pueblo de Dios. Apartad, Dios de misericordia, vuestro enojo y vuestra indignacion de vuestra ciudad de Jerusalem y de vuestra montaña santa. Porque es verdad, yo lo confieso, que Jerusalem y vuestro pueblo son hoy el oprobio de todas las naciones que nos rodean, á causa de nuestros pecados y de las iniquidades de nuestros padres. Pero yo me atrevo á decirlo que es contra vuestro honor y vuestra gloria, el que los enemigos de vuestro santo nombre tengan la maligna satisfaccion, y se glorien de haber arruinado para siempre vuestro santo templo; dignaos, Señor, oirnos, y dejaos ablandar por nuestras lágrimas, por nuestros gemidos y por nuestros votos, etc.

El Evangelio requiere una oracion semejante. En él se refieren las terribles imprecaciones que Jesucristo hacia á los judíos por su impenitencia, y la amenaza espantosa de abandonarlos y dejarlos morir en su pecado, porque se obstinaban en no querer reconocerle despues de todas las señales que les daba de su mision y de su divinidad.

El Salvador acababa de representar á los judíos el daño que se hacian con su tenaz obstinacion y su endurecimiento en el pecado, y el castigo terrible que iban á atraer sobre sí por su impenitencia; hace ya cerca de tres años que nada omito para convencerlos de la verdad por mis milagros; para convencerlos por mis palabras; para convertirlos por mis inspiraciones y por las piadosas solicitudes de la gracia; y nada puede ablandar vuestros corazones, y haceros dóciles á mi voz. *Yo me voy*; yo estoy ya á punto de dejaros; el pertinaz abuso que haceis de mi gracia me obliga á abandonaros á vuestra triste suerte, y á callar. No me vereis mas entre vosotros; no os solicitaré mas por las vigorosas inspiraciones, por las invitaciones amorosas, por las dulces impresiones de la gracia. Vuestra resistencia á todas mis instrucciones tan saludables y á todas mis solicitudes interiores han cansado en fin mi paciencia. Yo soy la luz que he venido á ilustraros, y vosotros os obstináis en cerrar los ojos á ella; yo soy el camino que conduce á la vida, y vosotros tercos rehusáis el entrar en él; yo mismo soy la verdad, y vosotros no queréis escucharme, ni creerme: esta luz se os va á quitar, no hallaréis mas este camino, y la verdad que no cesaba de hablaros y de instruirlos, va á callar. Vosotros conoceréis un dia, pero demasiado tarde, el tesoro que poseiais, y de que no os habeis querido servir: dentro de poco caeréis en la desesperacion por no haberme querido obedecer ni seguir: me buscaréis entonces, y morireis en vuestro pecado, en el cual habeis vivido. Los judíos han experimentado demasiadamente la verdad de este oráculo: pero ¿cuántos cristianos lo experimentan aun todos los dias! Dios habla interiormente al pecador; no cesa de reprenderle sus desarreglos, su impiedad, su poca fe, su libertinaje. Dios habla por medio de los remordimientos de la conciencia, por el temor del juicio último, por los espantos de la muerte, por accidentes funestos y sorprendentes, por revoluciones que abrumen. Dios habla por los oradores sagrados, por los libros de piedad, por ciertos movimientos piadosos, deseos aunque pasajeros de conversion, por aquellas inspiraciones secretas que son el lenguaje de la gracia. En fin, Dios habla por las aflicciones y las enfermedades, y tambien por la prosperidad. Y nosotros somos duros, insensibles á todos estos dardos. Dios se retira, calla, todas estas voces enmudecen despues de cierta continuacion de resistencia, despues de cierto abuso reiterado de las inspiraciones y las gracias; y si este Dios habla despues de esta última amenaza es para predecir á los pecadores obstinados que morirán en la impenitencia final, en su pecado. No

hay nadie sobre la tierra, añade el Salvador, hablando á los judíos, que sea capaz de sacaros de este infeliz estado, ni de llevaros adonde yo voy. Esta palabra les sorprendió, dice San Juan, de suerte que se preguntaban los unos á los otros: ¿Qué quiere decir cuando dice que no podremos ir adonde él va? El Hijo de Dios penetrando su pensamiento, les dió á entender que hablaba de la mansion de los bienaventurados en el cielo, del reino de los cielos, de la celestial Jerusalem, en donde está propiamente su reino, y que hubiera sido el de ellos, si no se hubiesen desterrado de él voluntariamente, rehusando reconocerle por el Mesías. Pero ¿quién eres tú, le dijeron los judíos? Yo soy, les respondió Jesus, el que es antes de todas las cosas, y por quien todas las cosas han sido hechas. Yo tengo muchas cosas que decir de vosotros, añade, y sobre que condenaros; pero cuando hubiereis exaltado al Hijo del hombre, entonces conoceréis quién es el que ahora os habla, y á quien vosotros no queréis conocer. Vosotros conoceréis despues de mi muerte en la cruz que yo soy Dios: que en todo lo que yo hago, obro de concierto con mi Padre, y conforme á su voluntad.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus: ut familia tua, quæ se, affligendo carnem, ab alimentis abstinet, sectando justitiam, à culpa jejundet. Per Dominum...

Haced, ó Dios omnipotente, que así como vuestros fieles para macerar la carne se abstienen de las viandas, se abstengan tambien de pecar, ejercitándose en obras de justicia. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es tomada del cap. 9 del profeta Daniel.

In diebus illis: Oravit Daniel Dominum, dicens: Domine Deus noster, qui eduxisti populum tuum de terra Ægypti in manu forti, et fecisti tibi nomen secundum diem hanc: peccavimus, iniquitatem fecimus, Domine, in omnem justitiam tuam, avertatur obsecro ira tua, et furor tuus à civitate tua Jerusalem, et à monte sancto tuo. Propter peccata enim nostra, et

En aquellos dias hizo Daniel al Señor esta oracion: Señor Dios nuestro, que habeis sacado á vuestro pueblo del Egipto con mano poderosa, y que entonces os adquiristeis un nombre que dura hasta hoy: confieso que hemos pecado, que hemos cometido la iniquidad contra todos vuestros preceptos; pero yo os conjuro conforme á toda vuestra justicia,

iniquitates patrum nostrorum, Jerusalem et populus tuus in opprobrium sunt omnibus per circuitum nostrum. Nunc ergo exaudi, Deus noster, orationem servi tui, et preces ejus: et ostende faciem tuam super sanctuarium tuum, quod desertum est, propter temetipsum. Inclina, Deus meus, aurem tuam, et audi: aperi oculos tuos, et vide desolationem nostram, et civitatem, super quam invocatum est nomen tuum: neque enim in justificationibus nostris prosternimus preces ante faciem tuam, sed in miserationibus tuis multis. Exaudi, Domine, placare, Domine: attende et fac: ne moreris propter temetipsum, Deus meus; quia nomen tuum invocatum est super civitatem, et super populum tuum, Domine Deus noster.

que aparteis vuestra ira y vuestro furor de vuestra ciudad de Jerusalem, y de vuestro monte santo; porque Jerusalem y vuestro pueblo son hoy el oprobio de todas las naciones que nos rodean á causa de nuestros pecados y de las iniquidades de nuestros padres. Ahora, pues, escuchad, Señor Dios nuestro, los votos y la oracion de vuestro siervo, y haced que resplandezca vuestro rostro sobre vuestro santuario que está desierto, y hacedlo por vos mismo. Dignaos, ó Dios mio, inclinar vuestros oidos á nosotros, y escucharnos. Abred vuestros ojos y considerad nuestra desolacion, y la ruina de aquella ciudad que ha tenido el honor de llevar vuestro nombre. No os dirigimos nuestras preces, postrados en vuestra presencia, confiando en nuestra propia justicia, sino en la multitud de vuestras misericordias. Oidnos, Señor; aplacad, Señor, vuestra ira; fijad vuestros ojos en nosotros, y obrad. No tardeis mas, mi Dios, por amor de vos mismo, porque esta ciudad y este pueblo son vuestros, y tienen la gloria de llevar vuestro nombre, Señor Dios nuestro.

« Daniel tenia en su cautividad las santas Escrituras, y en particular las profecias de Jeremias; leyó, pues, en ellas una prediccion que decia que todo el país de Judá seria desolado, y que sus pueblos estarian sujetos por espacio de setenta años al rey de Babilonia. Temia que los pecados del pueblo no obligasen á Dios á prolongar todavía mas allá de este término tan dura cautividad; y esto es lo que da motivo á sus oraciones. »

REFLEXIONES.

A causa de nuestros pecados y de las iniquidades de nuestros padres. El Profeta reconoce y confiesa de buena fe, que todos los males que afligen á su pueblo son el efecto de sus pecados; la misma causa es la que atrae hoy sobre nosotros todos los azotes que nos hacen gemir; ¿por qué no tenemos los mismos sentimientos? ¿por qué no hacemos la misma confesion? ¿por qué, vencidos de ello, no tenemos el mismo arrepentimiento? Se atribuye una desgracia, una enfermedad, un revés de fortuna, la pérdida de un pleito, una desdicha que aflige, una calamidad pública, á la malicia de un enemigo, á la envidia de un concurrente, á una indiscrecion, á la ineptitud, á la imprudencia de un factor, al trastorno de las estaciones, á la intemperie del aire, á causas puramente naturales; ¿que no convengamos desde luego, y pensaríamos con acierto, que son nuestros pecados los que causan todas nuestras aflicciones! ¿que el origen de todos los males consiste en esos hábitos criminales, esas comuniones sacrílegas, esos desórdenes escandalosos, esos pecados enormes y secretos! ¿que no convengamos, que lo que enciende la ira de Dios, y atrae todos los azotes que hacen lamentar á los pueblos, es esa irreligion, esas profanaciones tan comunes de los dias santos del domingo y de las fiestas, esa falta de respeto en el lugar santo, esas simonias, esas usuras! ¿que no nos persuadámos que esos hijos tan mal criados, tan impíos, tan corrompidos, son la causa de aquel naufragio, de la pérdida de aquel pleito, del mal éxito de aquel negocio, de la quiebra de aquel comercio, de aquel monton de adversidades, de aquellas desgracias que han arruinado aquella familia! en fin, ¿que no nos convengamos que aquel juego, aquel lujo, aquella indevotion, aquella poca fe y religion son la triste causa de aquella muerte precipitada é imprevista que todo lo ha trastornado; la fuente funesta de todos aquellos accidentes pesados que nos hacen derramar tantas lágrimas! No acusemos ya las pasiones de los hombres, las revoluciones frecuentes en la naturaleza, el humor, el capricho, la malignidad de aquellos con quienes vivimos, todos los demás resortes que desarreglan toda la máquina, y que no son, á lo mas, otra cosa que los instrumentos de que Dios se sirve para castigarnos. Reconozcamos lo que es verdad, que nuestras pasiones son nuestros tiranos, que nuestras infidelidades son la fuente fatal de todas nuestras desgracias, y que no tenemos mayores enemigos de nuestra felicidad, de nuestro reposo, de

nuestra fortuna misma, que nuestros propios pecados. De nosotros depende el hacer que se seque una fuente tan maligna; concibamos un verdadero arrepentimiento, y no dilatemos nuestra conversión. ¿Qué cortesano desgraciado habria que no hiciese cesar prontamente la causa de su desgracia, si dependiese de él como depende de nosotros el no estar mas en la desgracia del Señor?

El Evangelio de la misa de este dia es de S. Juan, cap. 8.

In illo tempore: Dixit Jesus turbis Judæorum: Ego vado, et quæretis me, et in peccato vestro moriemini. Quò ego vado, vos non potestis venire. Dicebant ergo Judæi: Numquid interficiet semetipsum, quia dicit, Quò ego vado, vos non potestis venire? Et dicebat eis: Vos de deorsum estis, ego de supernis sum. Vos de mundo hoc estis, ego non sum de hoc mundo. Dixi ergo vobis, quia moriemini in peccatis vestris: si enim non credideritis quia ego sum, moriemini in peccato vestro. Dicebant ergo ei: Tu quis es? Dixit eis Jesus: Principium, qui et loquor vobis. Multa habeo de vobis loqui, et judicare. Sed qui me misit, verax est: et ego, quæ audivi ab eo, hæc loquor in mundo. Et non cognoverunt quia Patrem ejus dicebat Deum. Dixit ergo eis Jesus: Cum exaltaveritis Filium hominis, tunc cognoscetis quia ego sum, et à meipso facio nihil; sed sicut docuit me Pater, hæc loquor: et qui me misit, mecum est, et non reliquit me solum: quia ego, quæ placita sunt ei, facio semper.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas de los judios: Yo me voy, y me buscareis, y morireis en vuestro pecado. Donde yo voy, vosotros no podeis venir. Decian, pues, los judios: ¿Se matará acaso él mismo, pues que dice, Donde yo voy, vosotros no podeis venir? Y él les decia: Vosotros sois de acá abajo, yo he venido de lo alto: vosotros sois de este mundo, yo no pertenezco á este mundo. Por esto os he dicho que morireis en vuestros pecados; porque si no creyereis que yo soy, morireis en vuestro pecado. Decíanle, pues: ¿Tú quién eres? Jesus les respondió: El que es antes de todas las cosas, y que habla con vosotros. Muchas cosas tengo que decir de vosotros, y sobre que condenaros; pero el que me ha enviado dice siempre la verdad, y lo que yo publico en el mundo es lo que he aprendido de él. Y no conocieron que era Dios á quien llamaba su Padre. Dijoles, pues, Jesus: Cuando hubiereis exaltado al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mis-

mo, sino que digo las cosas como el Padre me las ha enseñado; y el que me ha enviado está conmigo, y no me ha dejado solo, porque yo hago siempre aquellas cosas que le agradan.

MEDITACION.

Sobre la impenitencia final.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el vivir en el pecado, es la desgracia mas funesta; pero que el colmo de todas las desgracias es el morir en el pecado.

El pecado sin la muerte es un gran mal, y hablando con propiedad, es el único mal que se debe temer; pero este mal no escluye la esperanza de todo bien; puede aun servir de materia á las virtudes mas escelentes; puede ser, como lo ha sido en muchos grandes santos, el motivo de la penitencia mas asombrosa. Mas el supremo mal es el pecado con la muerte. El pecado imprime á la muerte el carácter de su malicia, la muerte pone el último sello á la impenitencia del pecador. El pecado hace á la muerte para siempre funesta: ¡qué consecuencia tan terrible! La muerte hace al pecado para siempre irremisible: ¿qué suerte mas triste y mas espantosa?

La muerte en el pecado estingue todo rastro de esperanza: ya no hay gracia que pedir, no hay cielo que esperar, no hay Salvador á quien implorar, no hay misericordia en que confiar. La ternura maternal de Maria con los pecadores, la compasion de la Iglesia con sus hijos, el precio infinito de la sangre de Jesucristo; todo se estingue, todo cesa, todo es perdido para el pecador por la muerte en pecado; la impenitencia final le arroja para siempre de la asamblea del pueblo de Dios, y borra su nombre del libro de la vida. Por la muerte en el pecado la divina justicia imprime en el desgraciado un carácter indeleble de reprobación, los demonios forman su pueblo, el infierno es su morada eterna, el fuego y todos los tormentos son su herencia, la rabia y la desesperacion su pasion dominante, la condenacion su destino y su suerte. ¡Impenitencia final! Muerte horrosa en pecado ¡cuán espantosa eres! He aquí, sin embargo, la suerte de cuasi todos los que viven en delicias, de esos libertinos aturdidos, de esos grandes del mundo tan poco cristianos,

de esas mujeres sin religion, de esos pecadores que trasladan á la muerte su conversion y su penitencia. Morir en desgracia del principe en el polvo, en el abandono; morir poseido de la tris-teza, en la infamia misma, entre los dolores, es un mal grande; pero no es sin recurso ni sin consuelo, si no se halla unido con el pecado y la muerte; pero la muerte en el pecado, la muerte con el pecado, la muerte, como sucede muchas veces, por el pe-cado; buscad, imaginad una desolacion, una desgracia mas es-pantosa. ¿Y se teme hoy, ó mi dulce Jesus, se teme mucho este tremendo mal?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que en el momento que se muere en pecado, todo el mal que se ha hecho se hace eterno en sus castigos y en su malicia, y todo el bien que se habia hecho que-
da perdido y eternamente olvidado.

Acciones de probidad, servicios hechos, limosnas distribuidas, actos de religion, porque al fin no es uno ateo, ayunos, ora-ciones, buenas obras, rango de calidad, nombre de distincion, talentos, gloria, mérito, todo muere, todo queda aniquilado en el pecador que muere impenitente. El tesoro de las misericor-dias queda cerrado para él, la fuente de ellas queda seca. Jesu-cristo olvida, por decirlo así, la cualidad y el nombre de Padre, de Salvador, de Rey, para tomar eternamente la severidad de Juez, de Dios irritado, de Dios de venganza; ¿y quién puede resistir, Señor, contra el justo terror de vuestro enojo encendido y de vuestra venganza infinita? ¿Quién puede? Un número prodigioso de pecadores que viven en el crimen, y morirán en la impenitencia. Yo mismo que hago aquí todas estas pavorosas re-flexiones, si soy tan desgraciado que llegue á morir en pecado.

¿Y cómo no morir en pecado, si se deja para la muerte la pe-nitencia? Cuando se vive en pecado, es raro que la muerte no sea semejante á la vida. El pecador espira, pero no el pecado.

Dios mio, ¡cuantos trabajan en su reprobacion! La muerte en el pecado acaba esta obra funesta. El mundo está lleno de estos desgraciados obreros; no hay condicion, no hay estado que no tenga muchos; los grandes del mundo saben demasiado este arte; los dichosos del siglo con dificultad tienen otra suerte; los que llevan una vida blanda y ociosa dificilmente la llevan inocente; y aun las mismas personas consagradas á Dios que con sus rela-ciones deshonoran la santidad de su estado, ¿no viven tambien en pecado? Todas estas personas tan familiarizadas con el pe-cado, que envejecen la mayor parte en el pecado, ¿morirán en estado de gracia? Los remordimientos de la conciencia se embo-

tan; el alma se endurece; Dios se venga. ¡Espantoso, pero justo castigo de Dios!

Pocos son los que mueren de repente; pero pocas muertes hay que no sean súbitas é imprevistas. Y cuando no se hace peni-tencia mientras dura la vida, ¿se hace, ni aun se está en estado de hacerla en la muerte? Jamás tiene el hombre mas ardor por los objetos que mantienen su codicia, que cuando estos objetos se le escapan, ó cuando una fuerza superior se los arranca, ó le arranca á él de ellos. En la hora de la muerte no hay que es-
perar mas que una penitencia forzada, penitencia natural, pe-nitencia del todo humana. Despues de esto, contad con la pe-nitencia que se hace en la hora de la muerte.

¿Y se vive tranquilamente en el pecado. Señor? ¿y hay quien pase sus dias en la alegría, viviendo en la impenitencia? ¿Qué, Dios mio! ¿hay otro objeto que me interese mas que es-te? ¿hay otra desgracia que me deba espantar mas? ¿No os pido yo á todas horas la gracia de no morir en pecado? ¡Ah, mi Dios! ¿quién debe temer mas que yo esta impenitencia final? Desde ahora, pues, comienzo ya mi penitencia, mi dulce Jesus, y espero con vuestra gracia tenerla hecha antes de morir.

JACULATORIAS. — Ah, que el tiempo de venganza llega y se apresura, y el dia funesto en que el pecador muera impenitente no está muy léjos: ¿quién nos asegura? (*Deut.* 32.)

No son, Señor, los que mueren en el pecado los que can-tarán vuestras alabanzas, sino los que viven todavia, y que como yo comienzan hoy mismo á glorificaros. (*Isai.* 58.)

PROPOSITOS.

1 ¿Quereis evitar la desgracia de la impenitencia final? ha-ced penitencia durante la vida, y no la remitais jamás para la muerte. ¿Es acaso tiempo de convertirse ó de reformarse, cuan-do se va á dejar de vivir? ¿Es tiempo de pensar en ser hombre de bien, cuando se comienza cuasi á no ser ya hombre? ¿Es tiempo, en fin, de hacer penitencia, cuando se va á morir? ¿Es Dios entonces el objeto y el motivo de aquellos temblores, de aquellos sentimientos y de aquellas lágrimas, que el puro temor de los suplicios y la espantosa vista del peligro arrancan de los corazones mas endurecidos y menos penitentes? ¡Qué desgracia y qué señal mas visible de reprobacion, si despues de haber leído todo esto, dejais para la muerte vuestra conversion y vuestra penitencia! Judas reconocia su crimen á la hora de la

muerte: Antíoco lloraba, prometía, se afligia en la última hora, y los dos murieron impenitentes. O teneis necesidad de convertir os ó de reformaros. No os contenteis con determinaros á la conversion ó á la reforma. No sería tal vez la primera vez que lo habeis hecho. Determinaciones ineficaces é ilusorias; en materia de conversion y de reforma, la práctica debe ser la determinacion. Comenzad por arrodillaros á los pies de vuestro crucifijo, y allí trayendo á la memoria vuestros desórdenes, ó vuestra relajacion, formad un vivo y punzante arrepentimiento de vuestras infidelidades pasadas, y decidle á Dios en la amargura de vuestro corazon:

Señor, que no quereis la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva (*Ezeq. 5.*), haced que este dia sea el de mi perfecta conversion, de la reforma de mis costumbres y de mi penitencia; yo comienzo por vuestra misericordia la una y la otra lleno de confianza en los méritos de Jesucristo, y en la proteccion de la Santísima Virgen; yo espero que me libraréis de la desgracia de morir impenitente.

2 No basta orar, es preciso obrar. Teneis una confesion extraordinaria que preparar; id en este dia mismo á declarar vuestra necesidad y vuestra resolucion al confesor que hubiereis elegido. Comenzad inmediatamente vuestra reforma cercenando cierta superfluidad de adornos, cierta demasia de delicadeza; comenzad por quemar ciertos libros, quitar ciertas pinturas, volver á tomar ciertos aires de modestia, ciertas prácticas piadosas de que os habiais dispensado. Haced hoy alguna penitencia ó mortificacion corporal; alguna obra de misericordia, ó alguna limosna. Los pobres presos están muy abandonados, y no están en estado de llegar á representar sus necesidades y miserias. Otro tanto puede decirse de ciertas familias vergonzantes, cuyas miserias son tanto mas sensibles cuanto que son menos conocidas. Estos preludios de conversion y de reforma son como las arras de una perseverancia cristiana, y alejan de vosotros la muerte en el pecado. Cuando supiereis algun accidente funesto, ó la muerte de alguna persona conocida, tened cuidado de deciros á vosotros mismos: no hay desgracia alguna en la vida sin recurso y sin remedio, ningun mal hay irremediable sino la muerte en el pecado.

MARTES SEGUNDO DE CUARESMA.

LA Iglesia comienza la misa de este dia por este versículo del salmo 26: Mi corazon en defecto de mi voz, os ha expuesto muchas veces sus penas, y por mudo que sea, no dejais, Señor, de entenderle, y de conocer cuales son sus votos y sus deseos. Por lo que hace á mí, Dios mio, no suspiro mas que por una sola de vuestras miradas; dignaos, Señor, mirarme con ojos favorables; la mayor de todas mis desgracias sería si apartaseis los ojos de mí. El texto hebreo dice: No escondais de mí vuestro rostro. Este salmo 26 es una oracion que hacia á Dios David perseguido por Saul; pero intrépido en medio de los peligros, por su confianza en la bondad del Señor que le sostenia y le protegia. Errante para evitar el furor de aquel príncipe colérico, suspira por la vista del tabernáculo. De este modo suspira por la patria celestial una alma justa, combatida sin cesar por el enemigo de su salvacion. Como el tiempo de la persecucion que sufrió David fué muy largo, no puede fijarse á qué circunstancia en particular debe referirse esta oracion. Teodoro y Nicéforo quieren que este salmo haya sido compuesto por David cuando fué á Nobé en busca del gran sacerdote Abimelech, y recibió de él los panes de proposicion que habia quitado de delante del Señor; pretenden que el profeta hace alusion á este acontecimiento, cuando dice en los versículos 5, 6 y 9, que aun cuando viesse á todos sus enemigos reunidos y prontos á caer sobre él, nada temeria, puesto que el Señor le ha ocultado en su tabernáculo, y le ha tomado bajo su proteccion.

La Epistola de este dia contiene la historia del retiro que el profeta Elias hizo por orden de Dios en casa de una viuda de la ciudad de Sarepta, en Fenicia, en el territorio de los sidonios, durante la sequedad que ocasionaba el hambre que afligia á todo el país de los israelitas, en tiempo del rey Achab, cuya impiedad atraia estos azotes sobre todo el pueblo. Elias era natural de Thesbos, en la tierra de Galaad; vivia en el reinado de Achab, rey de Israel, y de Josafat, rey de Judá, hácia el año del mundo de 3090, novecientos y catorce años antes de Jesucristo. Este santo hombre no pudo sufrir las impiedades de Achab y de su mujer Jezabel. Abrasado del zelo ardiente de que estaba animado, predijo al rey una sequedad que debia durar tres años y medio, y que causó una hambre que desoló todo el país. Este profeta, conforme al orden que habia recibido de Dios, tuvo el cielo cer-